

# EL ESTILO PORFIRIANO: DEPORTES Y DIVERSIONES DE FIN DE SIGLO

William BEEZLEY  
*North Carolina State University*

ENTRE 1888 y 1905, especialmente en el decenio de 1890, la dictadura porfiriana se encuentra en su apogeo. Hacia 1888 Díaz había puesto en orden su gobierno. El éxito de los esfuerzos de su régimen se veía por todas partes en los últimos diez años del siglo: el ejército, apoyado por la caballería de los Estados Unidos, había conseguido dominar la amenaza apache; los rurales daban fin al bandolerismo; el ferrocarril comunicaba todo el país; el telégrafo llegaba a todas partes. La inversión extranjera corrió a México, porque, casi con seguridad, era el país en turno camino a la modernización, que ofrecía ganancias inmediatas a quien tuviera audacia suficiente para invertir. Los porfiristas unían todo con una laxa ideología a base de positivismo compeano con toques de catolicismo o anticlericalismo, de indianismo o anti-indianismo y con dosis más o menos grandes, más o menos pequeñas de la fe liberal en la eficacia de la propiedad.

Hacia 1890 Díaz había encontrado la solución para los problemas fundamentales de México, y había dado forma a la estabilidad política del país. El año en que tomó el poder (1876), el *New York Herald* informó azorado: "Noticias recibidas de México son algo sorprendentes porque señalan que no hubo cambio de gobierno durante seis semanas".<sup>1</sup> Hasta 1890 el gobierno cambió de manos una vez, cuando Porfirio Díaz se retiró en el periodo 1880-1884; a su regreso,

<sup>1</sup> 22 de diciembre de 1876, citado por ROBERTS, 1974. Véanse las explicaciones sobre siglas y referencias al final de este artículo.

no hubo cambios hasta que los revolucionarios lo forzaron al exilio en 1911.

Díaz solucionó las eternas disputas de México con poderes extranjeros. Casi a diario el país parecía adquirir un toque de occidentalismo. Los programas de los líderes liberales mexicanos parecían haberse hecho realidad hacia 1895. En ningún otro nivel se sentía más el triunfo del Estado que en el término de la amarga lucha que había tenido con la Iglesia, de la que había surgido como vencedor indiscutible. Símbolo de las buenas relaciones entre ambos, y señal de que el conflicto había llegado a su fin, fue la coronación de la Virgen de Guadalupe —el 12 de octubre de 1895—, que no hubiera tenido lugar sin el permiso del Papa y sin la aquiescencia de don Porfirio.<sup>2</sup>

Muchos mexicanos creyeron que el país había alcanzado el éxito en 1890. Con nueva confianza, los mexicanos se acicalaron para enfrentar al público internacional; a base de la tranquilidad política y del éxito económico, adoptaron, con renovada satisfacción, nuevas actitudes. Esta postura no se sustentaba en una ideología política o en una filosofía económica; más bien se hallaba en un sentimiento popular, vago, pero profundo, basado en lo que algunos mexicanos pensaban del país y de su futuro. Esta actitud y esta manera de pensar puede definirse mejor como "persuasión". En cierta forma, esa reacción popular era apenas algo más que una manía, que se extendió por la nación hacia 1888, se desvaneció con la depresión de 1905, y desapareció con el estallido de la revolución en 1910.

Más que en la política y en la economía, en donde se observaba el mismo entusiasmo, esa persuasión podía verse mejor en el auge de los deportes y entrenamientos, porque los mexicanos escogían claramente y sin ambigüedades sus diversiones. El deseo impulsaba a la gente a andar en bicicleta, asistir a carreras de caballos, hacerse socio de un club atlético;

<sup>2</sup> COFFIN, 1898; *The Mexican Herald*, 13 oct. 1895.

no existía allí la compulsión que dictaba la necesidad de sobrevivir implícita, al menos, en la economía y la política.

La influencia, cada vez mayor, de la comunidad extranjera en México se reflejaba en el aumento de las actividades deportivas. Los extranjeros se hallaban como en su casa, y con esta actitud demostraban la seguridad que sentían en el país del dictador. Hacia 1890, varios grupos habían establecido en clubes y casinos sus centros de actividad.<sup>3</sup> Los alemanes empezaron muy pronto a destilar cerveza Vogel en Puebla. Las ventas fueron tan buenas, que los propietarios pidieron desde Saint Louis vagones cargados de cerveza para la clientela. En poco tiempo, la cervecería abrió el jardín Tívoli, que ofrecía a la sociedad lugareña conciertos vespertinos, juego de billar, de bolos<sup>4</sup> y otras diversiones.

Como los españoles querían disfrutar de las recreaciones de su terruño, reunieron dinero para construir un frontón de jai-alai. El edificio contaba con la cancha reglamentaria, salón de tertulia, cafetería, gradería y espacio adicional para acomodar a 1 500 espectadores, un lugar para la banda militar cedida por el presidente, sanitarios y, naturalmente, un sitio para las apuestas, en donde los asistentes podían ganar dinero o perder el que llevaban. Los campeones nacionales de España llegaron a México en diciembre de 1895 para inaugurar el frontón. El equipo azul y el rojo dieron una serie de exhibiciones para el público aficionado, entre el que se encontraban algunos miembros del gabinete. Díaz no asistió porque, decía en las disculpas que envió, se encontraba aún de luto por la muerte del general Manuel González.<sup>5</sup>

Diversos grupos de extranjeros practicaban, hacia 1890,

<sup>3</sup> BISHOP, 1883.

<sup>4</sup> *The Mexican Herald*, 20 nov., 9 dic. 1892. La destilería Germania fabricaba la cerveza Vogel. El *Herald* publicaba semanalmente una sección sobre los deportes en Puebla.

<sup>5</sup> El frontón se halla frente a lo que ahora es el monumento a la Revolución; en esa época estaban cerca la estatua de Cuauhtémoc y el Café Colón (véase *The Mexican Herald*, 10 nov., 12, 15, 26 y 30 dic. 1895).

sus deportes favoritos. En Pachuca, los mineros *cornish* organizaban competencias de lucha vernácula y sus primos ingleses jugaban fútbol, que se había convertido en el deporte de masas más importante. Muchos ingleses asistían también a los partidos de cricket en el Reforma Athletic Club, y habían formado un equipo de rugby para retar al del Rugby Union Football Club de Pachuca, el cual, según proclamaba, estaba dispuesto a viajar a cualquier parte de la república para jugar un partido. Otros equipos surgieron en Monterrey en Ciudad Porfirio Díaz.\* Mexicanos acomodados que asistían a estos espectáculos organizaron su propio Club Atlético, para jugar cricket primero y luego beisbol contra equipos extranjeros.<sup>6</sup>

Los escoceses se divertían con su héroe de la guerra de los Boers, Duncan C. Ross, quien, en lucha individual, usaba espada corta, lanzas y otras armas. Ross recorrió el camino de Monterrey a México presentándose en exhibiciones de atletismo y de combate; participó en duelos y luchas, y se ofreció a competir en la capital con quien quisiera enfrentársele. Los escoceses y muchos residentes de la ciudad acudían en multitud a verle.<sup>7</sup>

También los yanquis practicaban sus deportes favoritos en el México porfiriano. En Churubusco fundaron un Country Club que tenía campo de golf, canchas de tenis, una sala para teatro, bailes y conciertos, y alojamiento para los viajeros. Otros norteamericanos fundaron el Reforma Country Club que contaba con canchas de tenis, beisbol, cricket y espacio para deportes de pista, actividades en las que participaban extranjeros y mexicanos por igual. También fundaron el Monterrey Gymnastic Club para quienes se interesaban en el juego de malabarismo con mazas, de origen indígena, cultura física, boxeo, lucha, deportes de pista o beisbol.<sup>8</sup>

Algunos extranjeros abrieron clubes en donde, mediante

\* En la actualidad Piedras Negras, Coahuila. (*N. del E.*)

<sup>6</sup> *The Mexican Herald*, 13, 17, 19, 30 sept., 6 oct. y 4 nov. 1895.

<sup>7</sup> *The Mexican Herald*, 3, 9, 16, 20, 28 dic. 1895.

<sup>8</sup> CONKLING, 1883, p. 72; BARTON, 1911, p. 61; *The Mexican Herald*, 2, 14, 28 oct., 9, 23 dic. 1895.

paga, el público recibía adiestramiento e instrucción en atletismo. Jimmy Carroll era dueño y administrador del Mexican National Athletic Club. Tenía un cuerpo de instructores —en el que él mismo participaba enseñando pugilismo— más tres maestros de boxeo y uno de pesas. Su rival era el American Olympic Club administrado por el campeón de box Billy A. Clarke, quien enseñaba boxeo y gimnasia a jóvenes aficionados extranjeros y mexicanos. H. T. Roberts alquilaba ropa y equipo en su Bicycle Riding School, situado en el Paseo de la Reforma, a quienes se interesaban en sus aparatos.<sup>9</sup>

El auge en los deportes muestra, por un lado, que las diversiones importadas se aceptaron ampliamente en México, por otro, que los extranjeros se sentían muy cómodos en esos años del régimen porfiriano.

También hubo influencia en las diversiones tradicionales, como el teatro, por ejemplo, que era blanco de la crítica extranjera. Allí comenzaron a presentarse grupos de españoles, ingleses, franceses y norteamericanos. En 1880 empezó la temporada regular de ópera con artistas extranjeros. La actividad teatral llegó a su cúspide en 1887, año en el que la mundialmente célebre Sarah Bernhardt incluyó a México en su gira por Occidente. En el mes de febrero se presentó diez veces en el papel de Teodora y recibió 260 000 francos de un público entusiasmado que pagó el equivalente a cuatro dólares para verla actuar. Aunque los mexicanos recibían bien a los artistas extranjeros, no perdieron el hábito de usar sombrero y fumar durante las funciones. Como era costumbre, los boletos se vendían para cada acto de ópera u obra teatral.<sup>10</sup>

La *élite* mexicana adoptó el estilo de las recreaciones de la alta sociedad norteamericana e inglesa. El Lakeside Sailing Club, cuyo grupo internacional de miembros incluía a los mexicanos, organizaba regatas en el lago de Chalco y en Xochi-

<sup>9</sup> *The Mexican Herald*, 23, 25 sept., 6 oct. 1895.

<sup>10</sup> RICHARDSON, 1977, pp. 117-118; BATES, 1887, pp. 45-46. Sobre el teatro mexicano y su crítica véase KIRKHAM, 1909, pp. 44-45; BANCROFT, 1888, T. 6, pp. 624-625; FLANDRAU, 1964, pp. 3-4, 221, *The Mexican Herald*, 17, 24 nov., 20 dic. 1895.

milco, y, por lo menos una vez, viajó a Veracruz para navegar con el club de yates de esa ciudad. Este mismo club competía a menudo con el equipo de remo de la Escuela Nacional Militar.

El patinaje sobre ruedas era popularísimo en la sociedad mexicana.<sup>11</sup> El Cabildo de la ciudad permitió en 1895 la construcción de una pista de madera en la Alameda. Los mexicanos alquilaban patines y se deslizaban por la pista decorada con escenas invernales; asistían además a carreras, en las que la habilidad de los patinadores mexicanos competía con la de los extranjeros. Los espectadores simpatizaban, sin duda, con el corredor que caía e iba a parar al hospital para que le quitaran las astillas.<sup>12</sup> Los torneos navideños de polo contaban también con la participación de caballeros porfirianos.<sup>13</sup>

Esa sensación de compartir las mismas actividades y estilos de la burguesía internacional, que llamo estilo porfiriano de persuadir, descubre la cualidad imitativa del mexicano que Samuel Ramos analizó de manera brillante en su libro *El perfil del hombre y la cultura en México*.<sup>14</sup> Cuando los mexicanos sintieron que su país entraba a pasos agigantados en la modernidad, se apresuraron a adoptar los estilos, maneras y diversiones de otras naciones avanzadas de Occidente. Al observar esta reacción nos damos cuenta de que desempeñó un papel importante en el impulso que se dio a las carreras de caballos, en la forma de considerar las corridas de toros y en la fascinación por andar en bicicleta.

Las carreras de caballos tienen en México una larga historia. La tradición cuenta sus orígenes desde el desembarco de Cortés en Veracruz en 1519, porque, para impresionar a los mensajeros de Moctezuma, ordenó a varios jinetes correr en

<sup>11</sup> INKERSLEY, 1894, pp. 302-308; *The Mexican Herald*, 16, 29 sept., 4 nov., 27 dic. 1895.

<sup>12</sup> *The Mexican Herald*, 10 oct., 1, 6 nov., 15, 18, 24, 27, 31 dic. 1895.

<sup>13</sup> MACMAHAN, 1897, pp. 593-596.

<sup>14</sup> RAMOS, 1962, pp. 15-14.

parejas a lo largo de la playa. Las carreras continuaron durante la colonia, aunque siempre de manera informal, ya que los dueños corrían sus bestias para ganar un premio. La llegada de los diplomáticos británicos y norteamericanos después de la independencia hizo de las carreras un deporte más formal. Los británicos insistían en conservar su estilo, que pedía pistas circulares, clubes y registro genealógico de los caballos. Durante el decenio de 1840, se organizaron clubes para que hubieran carreras regularmente. Las pistas eran cortas (de 3 000 a 4 500 metros), porque se creía que los caballos no podían resistir distancias mayores a una altura de 2 400 metros.<sup>15</sup>

Las carreras de caballos eran por los años de 1890, la recreación de más atractivo en México. El Jockey Club, que tenía su sede en la Casa de los Azulejos, era el centro de reunión de la sociedad masculina de la época. Mexicanos y extranjeros frecuentaban el Piñón Turf Exchange en donde los aficionados cambiaban información sobre los animales, colocaban apuestas, organizaban y planeaban nuevas carreras. El lugar servía también de club, ya que contaba con salones de lectura, y venta de bebidas y tabaco para la concurrencia. Los criadores de caballos patrocinaban a menudo carreras en el hipódromo de Peralvillo.<sup>16</sup>

Otras carreras se organizaron en 1895. Por esas fechas, el coronel R. C. Pate fundó la Robert C. Pate Racing Association, compró terrenos y construyó el hipódromo suburbano de Indianilla, en la carretera de La Piedad. La pista era un óvalo de casi dos kilómetros y medio, con veinte metros de ancho, espacioso estadio y áreas verdes para las señoras y caballeros que asistían a las carreras. Característica de Indianilla era el equipo de importación que permitía apostar al

<sup>15</sup> ÁLVAREZ DEL VILLAR, 1970, p. 21; MUHLENPFORDT, 1969, T. 1, pp. 312-313.

<sup>16</sup> Matt W. Ranson Collection, Southern Historical Collection, University of North Carolina, Box 39, file 465, E.C. Butler a M.W. Ranson, 17 jun. 1895; GILLPATRICK, 1911, p. 284; *The Mexican Herald*, 1, 4, 10, 11, 17 nov., 12 dic. 1895.

estilo parisino, el cual señalaba automáticamente al favorito a base de las apuestas que se habían hecho. Más de setenta y cinco caballos de Estados Unidos y alrededor de veinticinco de México se reunieron para una justa que duró dos meses. El hipódromo de Pate entusiasmaba mucho al público, porque competían en él caballos mexicanos de poca alzada con los pura sangre de Texas y Kentucky.<sup>17</sup>

Las carreras de caballos eran acontecimientos sociales. El día de la inauguración se reunieron en Indianilla cuatro mil personas entre las que se encontraban los aristócratas mexicanos y la colonia de habla inglesa, quienes se entretenían en los intervalos escuchando la banda personal del presidente, el famoso Octavo Regimiento. El gobernador del Distrito Federal, Pedro Rincón Gallardo; el general José Mena, ministro de Obras Públicas; José Limantour, ministro de Hacienda; varios miembros del congreso y las damas notables de la ciudad asistían regularmente a las carreras. Aunque, como dije arriba, el presidente y su esposa estuvieron de luto oficial casi dos meses, la presencia de la banda advertía de su interés.

Muestran estos datos lo que las carreras de caballos significaba para la sociedad. En ocasiones como éstas las damas concurrían vestidas con atuendos de última moda, afán de exhibición que sugirió a Pate extender el espacio cubierto de césped frente a las graderías. Pero, lo que es más significativo, las carreras daban oportunidad a los varones mexicanos y extranjeros para demostrar su audacia ante el riesgo. Para muchos, el riesgo se hallaba en aquellas carreras en las que participaban los propietarios de caballos. En Indianilla, el deportista favorito de México, Joaquín Amor, cayó de cabeza cuando lo tiró el caballo, y recibió heridas tan serias, que los espectadores lo dieron por muerto. Pero la mayoría participaba sólo como espectador, de modo que mostraba su valor, indiferencia ante el resultado de las apuestas y estoicismo ante lo que le deparaba la fortuna, apostando grandes sumas. Cualquier tipo de juego, y las carreras en especial, eran esce-

<sup>17</sup> *The Mexican Herald*, 2, 6, 15, 16 oct., 16 nov, 1895.

nario para ostentar aquellos que se consideraban rasgos del verdadero mexicano. Éstos coincidían generalmente con valores y actitudes de ingleses y norteamericanos, entre quienes había hombres de negocios testarudos que apostaban más de lo que la cordura aconsejaba, y perdían o ganaban sin preocuparse demasiado por las consecuencias.<sup>18</sup>

A más del consumismo descarado, de la exhibición ostentosa —tan decisiva en una sociedad capitalista en ciernes—, del deseo manifiesto de arriesgarse en el juego, los espectadores compartían la “emoción” de las carreras, cuyo interés aumentaba con una fuerte apuesta a algún caballo. Los sociólogos Norbert Elias y Eric Dunning dicen en su estudio<sup>19</sup> que el auge de los deportes en Estados Unidos y Europa Occidental es consecuencia de la búsqueda de “. . . emoción en sociedades apáticas”. Antes de la era porfiriana había carreras de caballos, charreadas y corridas de toros. Pero la corrida era un ritual, la charreada se originó como entretenimiento relacionado con el trabajo, y no había organización en las carreras. El ritual, la diversión, la exhibición son parte, pero no el atributo más importante del deporte moderno. Elias y Dunning opinan que el ansia de emoción no se hace evidente en comunidades marginadas, asentamientos espontáneos y sociedades sin leyes. La emoción de constantes golpes de estado, intervenciones extranjeras y conflictos religiosos, no hacía de México el lugar adecuado para aumentar los deportes o disfrutar de ellos, hasta que se asentó el sistema porfiriano. La paz conseguida por el dictador amainó la lucha por la sobrevivencia y el éxito hasta el punto en que la sociedad buscó la emoción en los riesgos del deporte.

La corrida de toros, parte de la herencia española, llegó a México en el siglo xvi. Durante los trescientos años de vida colonial evolucionó hasta tener las características que el espectador actual conoce. Suertes de diverso tipo, como ensartar

<sup>18</sup> Sobre las carreras de caballos y el juego en Virginia colonial, véase BREEN, 1974, pp. 239-257; *The Mexican Herald*, 11, 17, 20 nov., 2, 9 dic. 1895.

<sup>19</sup> ELIAS y DUNNING, 1978, pp. 3-51.

el anillo, perseguir de cerca al toro, trepar el palo encebado para alcanzar el cerdo, la participación de espontáneos, habían desaparecido de los ruedos en los años de la independencia.<sup>20</sup> Surgieron entonces las reglas y etiqueta de la corrida, la cual se convirtió en un ritual que simbolizaba los valores de la cultura mexicana.

En el siglo XIX, los actores principales de la corrida eran el toro, el "presidente" \*, el matador, los picadores y los banderilleros. El drama se desarrollaba, básicamente, en tres escenas: se colocaban las banderillas para embravecer al toro, se le picaba en la parte superior del lomo para debilitarlo. Luego de observar la forma en que el animal movía los cuernos y su reacción ante las picas y banderillas, el torero entraba a matar de una sola estocada, si le era posible. Después de 1830 se añadieron los riesgosos pases de muleta que llevan al toro a pocos centímetros del cuerpo del torero, suerte que puede considerarse algo así como el ballet de la corrida. Durante el Porfiriato, un asistente que recibía el nombre de cholo o capa, entraba al ruedo antes que el torero, y movía ante el toro un trapo de colores, casi siempre atado a una garrocha, hasta extenuarlo. Entraba entonces el matador para dar la estocada final (esta última escena se denominaba "la española").<sup>21</sup> Matar al toro con gracia era la esencia de la corrida, no el ballet entre animal y muleta.

El turista o espectador circunstancial veían sólo arena y sangre, los anglosajones veían todo con horror, pero los aficionados sabían que el espectáculo estaba controlado, orquestado en verdad, por una persona, el "presidente" de la corrida que por lo general era un servidor público (Díaz lo hizo alguna vez). Sólo el juez permitía la entrada del toro, señalaba el cambio de tercios, el momento de matar y premiaba al torero, si lo merecía, con una o dos orejas del toro y hasta con el rabo

<sup>20</sup> GUARNER, 1979, pp. 31-34; LEONARD, 1959, pp. 14-17.

\* En la actualidad se le llama "Juez de plaza" o "autoridad" (*N. del E.*)

<sup>21</sup> ZURICH JR. y MEADOW, 1981, pp. 654-668; CONKLING, 1891, pp. 125-126.

quizá. No había premio para el que dejaba ir vivo al toro o había hecho la faena con torpeza. En ocasiones, el "presidente" indultaba al toro, cuando el animal mostraba resistencia y bravura que superaba la actuación de los hombres. Ningún premio o recompensa recibían en estas fiestas los banderilleros y picadores.<sup>22</sup>

Durante el siglo XIX, la corrida fue metáfora de la sociedad mexicana. El "presidente" representaba al caudillo, cacique o patrón que regía las actividades de todos y señalaba el ritmo del quehacer diario. Sólo en una sociedad paternalista podía tener sentido un ritual semejante. Los "actores" señalaban jerarquías sociales en las que cada hombre desempeñaba su papel y dejaba que la sociedad como un todo llevara a cabo la tarea. Aunque había cooperación entre banderilleros, picadores y toreros, no formaban un verdadero equipo. El matador dependía de los demás, pero sin duda pertenecía a una jerarquía más alta y recibía todos los honores.

El matador era epítome de la fiesta; debía mostrar aquellos atributos que, dentro de ese orden masculino, se consideraban más valiosos. Tenía que enfrentar a la naturaleza despiadada en su expresión más feroz: el toro enfurecido. El torero debía ser más valiente, inconsciente en su desconsideración, firme ante la caída del toro; debía olvidar riesgos, ignorar heridas y temores y arriesgar por el honor aun su vida. Pero sobre todo debía actuar con gran cortesía y refinado decoro.<sup>23</sup> Campesinos, peones, léperos, trabajadores —la sociedad entera (los comentaristas señalaban a menudo que el público era una muestra de la sociedad)— admiraban la cortesía mexicana, la impavidez ante el peligro y la necesidad de hacer frente a cualquier riesgo. La corrida reunía crueldad, sangre y muerte, pero también la vida.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> ZURCHER, JR. y MEADOW, 1891, pp. 660-668.

<sup>23</sup> Sobre la manifestación de los valores culturales en los atletas, véase BIRRELL, 1981, pp. 354-376.

<sup>24</sup> FLIPPIN, 1889, p. 260; JANVIER, 1888, p. XVIII; EDWARDS, 1906, p. 76.

En el primer gobierno de Porfirio Díaz se prohibieron las corridas en el Distrito Federal y otros estados importantes, incluso Zacatecas y Veracruz. Esta restricción duró hasta 1888, año en que se permitieron otra vez en la capital, los estados mencionados y el resto del país. Dos causas puede explicar esa prohibición. Quizá una de ellas sea la ambición política y nacionalista de Díaz. Quería éste el reconocimiento diplomático y político de Estados Unidos y Gran Bretaña, países que criticaban duramente el atraso de la sociedad mexicana, y describían al país como una tierra de bandidos que tenía un gobierno inestable, no pagaba sus deudas, y que además se complacía en la crueldad con los animales. Se referían a las corridas como simple hostigamiento del toro, en las que se atormentaba al animal para distracción del público, y se le mataba sólo cuando la multitud caía en el aburrimiento. Al prohibir las corridas en la capital, en un puerto tan grande como Veracruz y en Zacatecas, la principal zona minera, pocos extranjeros verían el espectáculo, con lo que el dictador afianzaría su imagen de reformador que sacaba a México de la barbarie para colocarlo en la comunidad de las naciones occidentales.

Después de 1888, los bonos de Díaz y especialmente del país se habían elevado considerablemente a los ojos del mundo. Díaz no necesitaba ya preocuparse por la reputación de crueldad que tenía México, de modo que ignoró la petición de la Sociedad para Prevenir la Crueldad con los Animales (cuyo presidente honorario era su mujer), y del Club contra las Corridas de Toros. En vez, el gobierno se dedicó a exigir sombreros de fieltro y pantalones a los indios que llegaban a la ciudad, para que, en la apariencia por lo menos, tuvieran un aire europeo.<sup>25</sup> Hacia 1890 el éxito de Díaz hizo crecer el sentimiento de orgullo en México, y el nacionalismo en ciernes revivió las que se consideraban tradiciones genuinas. Ese nacionalismo se alimentaba de un sentimiento romántico hacia los

<sup>25</sup> FLANDRAU, 1964, p. 69, nota; BLICHFELDT, 1919, p. 97 (publicado originalmente en 1912).

aztecas y hacia la cultura colonial. La sociedad capitalina celebró una "guerra florida", farsa que recreaba el ritual azteca, con un desfile de carros alegóricos, desde los que los pasajeros se arrojaban flores. Díaz descubrió el monumento a Cuauhtémoc en una de las glorietas más importantes de la ciudad, y permitió que se reanudaran las corridas en la capital.<sup>26</sup>

Otra explicación para que se prohibieran las corridas se halla en las hipótesis antropológicas de juego profundo (*deep play*) de Clifford Geertz y de exhibición ritual (*ritual display*) de Susan Birrell.<sup>27</sup> La corrida significaba sumisión al caudillo en una sociedad piramidal, que pedía al individuo ignorar todos los riesgos, para que llenara la función tradicional que se le había asignado. La corrida era antítesis de la plataforma política a la que Díaz aspiraba, que pedía cambios en el gobierno, elecciones genuinas y el final del caudillismo. Desde 1876 hasta 1888 Díaz (y Manuel González) consolidaron el poder arrasando con caudillos locales y regionales, rompiendo las alianzas en el ejército y destruyendo los lazos personales en los negocios. Díaz alentó el centralismo en el gobierno y la economía capitalista como ideales impersonales e institucionales. La consolidación del poder no admitía individualismo exagerado o resistencia desordenada. Hacia 1888, el sistema se hallaba donde Díaz quería tenerlo. Había reordenado el poder político, casi no necesitaba hacer uso de la fuerza, había conseguido reconocimiento nacional e internacional, y estaba listo para que se le reconociera como padre de la patria, y, como tal, podría mediar, orquestar, recompensar y castigar. El nuevo patriarca estaba listo para volver a los despliegues rituales de paternalismo. Asolearse en una corrida ante la presencia del patriarca, aunque sólo fuera en sentido metafórico, era una cualidad del estilo porfiriano de persuadir.

Andar en bicicleta era otra modalidad que conformaba el

<sup>26</sup> Sobre la "guerra florida", véase GOODHUE, 1892, p. 96; *The Mexican Herald*, 14 sept. 1895; sobre el monumento a Cuauhtémoc inaugurado 21 ago. 1887, véase JANVIER, 1906, pp. XVIII-XIX.

<sup>27</sup> GEERTZ, 1981, pp. 624-653; BIRRELL, 1981, pp. 354-376.

temperamento de ese tiempo. Era también una manía, una obsesión (tal como las computadoras caseras lo son en nuestra época). El ferrocarril señalaba el ingreso de la sociedad a la tecnología; la bicicleta señalaba el mismo fenómeno pero en el nivel individual. Al comprar una bicicleta el mexicano aprendía a manejarla, componerla, correr en ella, cambiarla. Aceptaba así, tecnología, producción masiva, desgaste y otros valores que hacen la vida moderna.

Las primeras bicicletas llegaron a México desde Boston en 1869, pero la inquietud política posterior a la muerte de Maximiliano, más el tipo de ruedas —a las que se llamaba “sacudehuesos”— aplacó el entusiasmo, que desapareció en pocos meses.<sup>28</sup> Otro cargamento llegó en 1880;<sup>29</sup> eran esta vez bicicletas del tipo llamado “ordinario”, cuya rueda anterior era muy grande, y eran famosas porque los ciclistas caían de cabeza cuando volaban por encima del manubrio. Estos artefactos provocaron un nuevo entusiasmo que duró hasta la llegada de las bicicletas “seguras”, al comenzar el decenio de 1890, que tenían ambas ruedas de la misma dimensión, a las que pronto se equipó con neumáticos. Se les llamaba “seguras” porque con ellas disminuyó bastante el número de accidentes, y porque las ruedas cargadas de aire permitían andar con más facilidad por las imposibles calles empedradas de la ciudad de México y por los caminos llenos de baches. Clubes de ciclismo —cuyos miembros usaban modelos norteamericanos, como la Víctor— brotaron en todo el país.<sup>30</sup>

Los ciclistas mexicanos ingresaron al Cycling Union Club en el que resultó elegido secretario ejecutivo Federico Trigueros. Los miembros se adaptaron a todas las exigencias de una sociedad moderna, inclusive a la tecnología: a la vida mundana, a tomar en cuenta el tiempo, a la organización

<sup>28</sup> “Velocipede Notes”, *Scientific American*, (29 may. 1869), p. 343; DUNHAM, 1956, p. 159.

<sup>29</sup> *New York Times*, 25 ene., 29 feb. 1880.

<sup>30</sup> Los futuros ciclistas podían comprar sus bicicletas en la agencia que vendía las Spaulding, en la W.G. Waltz Music Store y con los representantes de la compañía, *The Mexican Herald*, 28 sept. 1895.

burocrática, a registrar las marcas obtenidas, a la producción —todo lo que, en el deporte, lleva a la inquietud por romper marcas establecidas.<sup>31</sup> El mismo club, que financió y construyó el velódromo de La Piedad, se ocupó de cronometrar el tiempo de las vueltas y carreras, y del recorrido a pueblos aledaños, a Amecameca y Cuernavaca; tenía sus propios archivos, llevaba registro de las ocasiones en que una mujer cubría algunas distancia importante, del mexicano que cubría la milla en menos tiempo y de otras pruebas. Los ciclistas mexicanos se volvieron populares. Conmovió a la ciudad el deceso del más famoso, Carlos Buenabad, que murió de tifus el 7 de noviembre de 1895, cuyo funeral escoltaron a través de la ciudad ciclistas de todos los clubes.<sup>32</sup>

Los ciclistas mexicanos no sólo se ocuparon de la velocidad que sus aparatos desarrollaban, sino de la mecánica, de los nuevos modelos, de las marcas diferentes y de las demostraciones que permitían las carreras. Los clubes del país mantenían correspondencia y conseguían información sobre el tema que les interesaba de Estados Unidos, Inglaterra y el resto de Europa. Como en esos países, los ciclistas mexicanos se preocuparon por el mejoramiento de las carreteras, y las mujeres se arriesgaron a usar calzones cortos. Hubo también un cambio positivo en las costumbres, porque las jóvenes parejas que andaban en bicicleta dejaban atrás a la dama de compañía que no podía o no quería usar el aparato.<sup>33</sup>

El robo, los accidentes, los choques con peatones y vehículos más los conflictos por el derecho de usar la calle obligaron al gobernador del Distrito Federal, Pedro Rincón Gallardo, a tomar en cuenta las bicicletas, para las que se promulgaron

<sup>31</sup> GUTTMANN, 1978, pp. 15-55, expone estos atributos del deporte en la sociedad moderna. En el caso de México, el mismo tema en HIRIART, 1982.

<sup>32</sup> *The Mexican Herald*, 15 oct., 5 8, nov., 2, 9 die., 1895. Sobre la exportación de bicicletas a México, véase *U.S. Census Report*, 1900, p. 335. Sobre el impacto de la bicicleta en Estados Unidos, véase DUNHAM y SMITH, 1972.

<sup>33</sup> *The Mexican Herald*, 23 sep., 23 oct., 16, 24 nov., 1 die, 1895.

una serie de reglamentos. Se les permitió el tránsito por todas las calles con la condición de que los conductores llevaran una campana o una bocina a todas horas y una linterna por las noches; no podían ir por las aceras, ni a mucha velocidad, ni en grupos de más de tres. Advirtió el gobernador que no se les permitiría el paso por las calles principales, y concluyó con una orden a la policía para que protegiera a los ciclistas y arrestara a quienes los asaltaban, silbaban, insultaban o molestaban. Con la anuencia oficial, la bicicleta fue el vehículo más popular hasta que llegó el automóvil.<sup>34</sup>

El interés por los entretenimientos en el decenio de 1890, refleja las modas, gustos e inclinaciones que constituyeron el estilo porfiriano de persuadir, por medio del cual se aceptaron rápidamente ciertas modas europeas y norteamericanas, incluyendo los deportes. Las carreras de caballos permitían a la crema de la sociedad mexicana exhibirse ante sí misma y el resto de la ciudadanía. Las corridas de toros mostraban, al mismo tiempo, el nacionalismo mexicano y la confianza en sus tradiciones; eran éstas metáforas del sistema político y económico patriarcal y señal de valor, cortesía y obediencia individuales. Pero sobre todo los mexicanos admitieron la importancia del progreso, la velocidad y modernidad por medio de la tecnología desde el momento en que aceptaron el ciclismo, que se convirtió en el deporte por excelencia.

Quizás este comportamiento resulte obvio o repetitivo para los que conocen a fondo la política y la economía del sistema porfiriano. Pero no fue la presión política de los rurales, de los militares o del gobierno, ni las necesidades económicas provocadas por la escasez de trabajo o por la propiedad, medios de producción y conflictos con las tierras los que impulsaron a la adopción de estos entretenimientos. Los mexicanos escogieron libremente el deporte que expresaba el estilo porfiriano de persuadir.

Esos gustos eran manifestación del aumento de tensión entre la tradición y la tecnología dentro de la sociedad mexi-

<sup>34</sup> *The Mexican Herald*, 20 oct., 7, 8, 9 dic. 1895.

cana. Así, mientras los mexicanos de la alta clase urbana salían de fiesta al campo en sus bicicletas, los campesinos cortaban un brazo al arado de importación, para que se pareciera al instrumento tradicional.<sup>35</sup> Se acentuó entonces la brecha que separa ambos estratos, lo que ayudó a crear el ambiente para la revolución de 1910 que derrocó al régimen de Díaz. La escisión fue tan profunda, que no se vieron los logros de la revolución hasta el decenio de 1930, cuando subió al poder Lázaro Cárdenas.

## SIGLAS Y REFERENCIAS

ÁLVAREZ DEL VILLAR, José

- 1979 *Men and horses of Mexico: history and practice of "charrería"*, México, Ediciones Lara.

BANCROFT, H. H.

- 1888 *History of Mexico*, San Francisco, History Company, Publisher, T. 6.

BARTON, Mary

- 1911 *Impressions of Mexico with brush and pen*, New York, The Macmillan Company.

BATES, J. H.

- 1887 *Notes of a tour in Mexico and California*, New York, Burr Printing House.

BIRRELL, Susan

- 1981 "Sport and ritual: interpretations from Durkheim to Goffman", en *Social Forces*, 60:2 (dic.)

BISHOP, William Henry

- 1883 *Old Mexico and her lost provinces a journey in Mexico, Southern California, and Arizona by way of Cuba*, New York, Harper & Brothers.

<sup>35</sup> COFFIN, 1898, pp. 297-298.

BLICHFELDT, E. H.

- 1919 *A Mexican journey*. New York, Thomas Y. Crowell Company.

BREEN, T. H.

- 1974 "Horses and gentlemen: The cultural significance of gambling among the gentry of Virginia", en *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, 34:2 (abr.)

COFFIN, Alfred Oscar

- 1898 *Land without chimneys or the byawys of Mexico*, Cincinnati, Ohio, The Editor Publishing Co.

CONKLING, Alfred R.

- 1891 *Appleton's guide to Mexico*, New York, D. Appleton & Co.

CONKLING, Howard

- 1883 *Mexico and the Mexicans or notes of travel in the winter and spring of 1883*, New York, Traintor Brothers, Merrill & Co.

DUNHAM, Norman L.

- 1956 "The bicycle era in American history". (Tesis). Harvard University.

DUNHAM, Norman L. y Robert A. SMITH

- 1972 *A social history of the bicycle: its early life and times in America*. New York, American Heritage Press.

EDWARDS, William Seymour

- 1906 *On the Mexican Highlands, with a passing glimpse of Cuba*. Cincinnati, Press of Jennings and Graham.

ELIAS, Norbert y Eric DUNNING

- 1978 "The quest for excitement in unexciting societies", en Guther LUSCHEN (ed.): *The cross cultural analysis of sports and games*, Champaign, Ill. Stipes Publishing. Co.

FLANDRAU, Charles M.

- 1964 *Viva Mexico!* Urbana, University of Illinois Press.

FLIPPIN, J. R.

- 1889 *Sketches from the Mountains of Mexico*. Cincinnati, Standard Publishing Company.

GEERTZ, Clifford

- 1981 "Deep play: notes on the Balinese cookfight", en HART y BIRRELL, 1981.

GILLPATRICK, Wallace

- 1911 *The man who likes Mexico*. New York, The Century Co.

GOODHUE, Betram Grosvenor

- 1892 *Mexican memories The record of a slight sojourn below the Yellow Rio Grande*. New York, George M. Allen Co.

GUARNER, Enrique

- 1979 *Historia del toreo en México*. México, Editorial Diana.

GUTTMANN, Allen

- 1978 *From ritual to record: The nature of modern sports*. New York, Columbia University Press.

HART, Marie y Susan BIRRELL

- 1981 *Sport in the sociocultural process*, 3a. ed. Dubuque, Iowa, Wm. C. Brown Company Publishers.

HIRIART, Hugo

- 1982 *El universo de Posada: estética de la obsolescencia*. México, SEP. (Memoria y olvido. Imágenes de México XIII).

INKERSLEY, Arthur

- 1894 "A winter regatta in Aztec land", en *Outing Magazine*, 23:4 (ene.)

JANVIER, Thomas A.

- 1906 *The Mexican guide*. New York, Charles Scribner's Sons.

KIRKHAM, Stanton Davis

- 1909 *Mexican trails*. New York, G. P. Putnam's Sons.

LEONARD, Irving

- 1959 *Baroque times in old Mexico*. Ann Arbor, University of Michigan Press.

MACMAHAN, J. B.

- 1897 "Polo in the west", en *Outing Magazine*, 27:6 (mar.)

MUHLENFFORDT, Eduard.

- 1969 *Versuch einer getreuen Schilderung der Republik Mexico*. Ed. de Ferdinand Anders, Graz, Austria, Akademische Druck u. Verlagsanstalt. T. 1 (Publicada originalmente en 1844).

RAMOS, Samuel

- 1964 *Profile of man and culture in Mexico*. Translated by Peter G. Earle, Austin, University of Texas Press. (The Texas Pan American Series).

RICHARDSON, Joanna

- 1977 *Sara Bernhardt and her world*. New York, G. P. Putnam's Sons.

ROBERTS, Donald F.

- 1974 "Mining and modernization: The Mexican border states during the Porfiriato 1876-1911", University of Pittsburgh. (Tesis)

*U. S. Census Reports*

- 1900 *U. S. Census Reports, X, 12th Census 1900, Manufactures, Part IV: Special Reports on Selected Industries*. Washington, D. C., Government Printing Office.

ZURCHER, Jr., Louis A. y Arnold MEADOW

- 1981 "On bullfights and baseball: An example of interaction of social institutions", en Marie HART y Susan BIRRELL, 1981.